

ENCUENTRO DE JESUS

DIA VEINTIUNO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Invenerunt me vigiles qui custodiunt civitatem; num quem diligit anima mea vidistis? Paululum cum pertransissem eos, inveni quem diligit anima mea: tenui eum nec dimittam donec introducam illum in domum.

Cant., III, 3-4

Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus.

Id., VII, 10.

Nova et vetera, dilecte mi, servavi tibi.

Ibid., 13.

Ibant parentes ejus per omnes annos in Jerusalem, in die solemnibus paschæ: et cum factus esset annorum duodecim, ascendentibus illis Jerusalem, secundum consuetudinem legis diei festi, consummatisque diebus cum redirent, remansit puer Jesus in Jerusalem, et non cognoverunt parentes ejus. Existimantes autem eum esse in comitatu, venerunt iter diei et requirebant eum inter cognatos et notos. Et non invenientes regressi sunt in Jerusalem, requirentes eum, et factum est post triduum, invenerunt eum in templo, sedentem in medio doctorum, audientem illos, et interrogantem eos.

Luc., 11, 41-46.

Stupebant autem omnes qui eum audiebant, super prudentia et responsis ejus, et videntes admirati sunt. Et dixit mater ejus ad illum: Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te. Et ait ad illos: Quid est quod me quærebatis? Nesciebatis quia in his, quæ Patri mei sunt, oportet me esse? Et ipsi non intellexerunt verbum quod locutus est ad eos.

Luc., II, 47-50

Intrans in domum meam conquiescam cum illa, non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tædium convictus illius, sed lætitiæ et gaudium.

Sap., XIII, 16.

Quæ est ista quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum.

Cant., VII, 5.

Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum.

Ibid., 6.

Facta sum coram eo quasi pacem reperiens.

Ibid., 10.

Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit: Noli flere... et dedit illum matri suæ.

Luc., VII, 13, 15.

O mulier! magna est fides tua; fiat tibi sicut vis.

Math., XV, 28.

Quæ mulier habens drachmas, si perdiderit drachmam unam, nonne accendit lucernam et everrit domum, et quærit diligenter donec inveniatur. Et cum invenerit, convocat amicas et vicinas dicentes: Congratulamini mihi, quia inveni drachmam quam perdideram.

Luc., XV, 8-9.

Non delectaris in perditionibus nostris, quia post tempestatem tranquillam facis, Domine, et post lacrymationem et fletum, exultationem infundis. Sit nomen tuum, Deus Israël, benedictum in sæcula. Exaudite sunt preces amborum.

Tob., III, 22-24.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. A la edad de doce años, dice el Evangelio, comenzó el Señor á mostrarnos cuál era su misión en la tierra. Esta edad de doce años nos indica de antemano cuál debía ser el número de apóstoles que esparciese la fe en el universo. No sin un particular designio se perdió para sus padres según la carne, para que después de tres días de ausencia le encontrasen en el templo, á El que estaba lleno de la sabiduría y de la gracia del Señor. Quiso anunciarnos con esto que tres días después de su pasión resucitaría triunfante y se presentaría resucitado para fortalecer nuestra fe, El, que consentiría en sufrir una muerte verdadera. (*Ambr. lib. 2. in Luc. p. 63*).

II. ¿Por qué me buscáis así? ¿No sabéis que debo ocuparme en la misión que me ha confiado mi Padre? En Jesucristo hay una doble generación: una de ellas está al lado de su Padre; la otra al lado de su Madre. La que está al lado de su Padre es esencialmente divina; y tomó la que está al lado de su Madre para unificarse con nuestra debilidad y nuestra pobreza. Por esto es por lo que debemos acordarnos de la primera y no olvidar que es Dios cada vez que obra un acto que es superior á las fuerzas de la naturaleza y á su edad, y que presenta algo de extraordinario. Más tarde veremos á su Madre pedirle un milagro, y recibir un desaire aparente, porque parece pedirselo en virtud de su generación humana. Cuando nos dice el Evangelio que tenía doce años, quiere decirnos que tendría doce discípulos. María pidió un milagro á su Hijo, siendo así que no había tenido esta idea cuando su Hijo no era sino un niño. (*Id. Ibid.*)

III. ¿Díme, oh amable soberana y dulce madre de

Nuestro Señor, díme todo el gozo que experimentó tu alma y la agradable sorpresa que sentiste cuando hallaste á tu amado Jesús, no entre los niños de su edad, sino entre doctores que no se cansaban de contemplarle y prestaban atento oído á lo que decía, y todos, sabios é ignorantes, aplaudían la sabiduría de sus respuestas? (*Bernard. homil. infr. oct. Epiph.*)

IV. He encontrado al amado de mi corazón, y le sujetaré y no dejaré que se vaya. Sujetadle bien, oh dulce madre mía, y que vuestro corazón reciba la recompensa de lo que sufrió en los tres días en que consideró perdido á su Hijo. ¿Por qué obrasteis así con nosotros, Hijo mío? Es de presumir que no temisteis el hambre, la sed ni las privaciones de ningún género que pudo sufrir, sino que lo que echasteis de menos fué la inefable dulzura de su presencia. Es el Señor tan dulce para los que le han probado, es tan hermoso á los ojos de los que le contemplan, procura tan inefables delicias á los que le estrechan contra su corazón, que su ausencia causa gran tristeza, aun cuando sólo dure unos momentos. (*Id. Ibid.*)

V. La expresión más llena de amor es muda comparada con estas palabras: ¡Hijo mío! Es lo más expresivo de cuanto pronuncian los hombres. Ninguna expresión conoce el amor que sea tan breve; ninguna manifiesta tanto como ella que brota del fondo del corazón. Cuando una madre dice Mi hijo, siente que todas sus entrañas se estremecen. No pudo contener por más tiempo la Virgen los impulsos de su corazón, y lo único que se escapó de sus labios fueron estas palabras: ¡Hijo mío! ¡Con razón las pronunció, si era su madre!

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Modo de encontrar á Jesús.

I. Se le halla en el templo por medio del arrepentimiento.

Si la pérdida de Jesús es el precio del pecado, hay en su casa una piscina saludable en el fondo de la que nos espera para curarnos. Id á la fuente de Siloé, oh pobre ciego que carecéis de guía, allí encontraréis á Jesús; Él abrirá vuestros ojos y le veréis todavía mejor. Id al templo y allí le encontraréis con seguridad. Pero no daréis con Él en la sociedad mundana donde vais á ocultar bajo un fugido gozo el tedio que os oprime ni los remordimientos que laceran vuestro corazón. Tampoco le encontraréis en el santuario de la ciencia, en que no brilla para vuestros indecisos pasos la antorcha de la fe. En su templo está y allí es donde debéis buscarle. En el sagrado tribunal os dirán lo que debéis hacer para encontrarle y acercaros á Él; pero Él mismo se os acercará, os hablará por boca de sus ministros, penetrará en vuestro corazón, al que llevará el perdón de vuestras faltas y seréis dichosos cuando le poseais nuevamente.

II. Se le encuentra en el templo por medio de la oración y la comunión.

Si la pérdida de Jesús no es más que una prueba, el alma desolada debe acudir al templo para encontrarle. Debe buscarle al pie del altar por medio de la comunión, ó por medio de la oración. Tal es el camino que debéis seguir penosamente, como en otro tiempo el Profeta, fatigado bajo el peso de la vida, para que como á él os presente el ángel del Señor el pan de la soledad. Sed obedientes á su voz, y no os dejéis dominar por vanos temo-

res que os alejarían más y más de Él. Comed, comed con el sudor de vuestra frente si es preciso el pan misterioso que tanto amáis aun que le teméis á un tiempo mismo, y si tenéis fe, dice San Agustín, veréis que la ausencia del Señor no es una verdadera ausencia, sino que está oculto para vosotros bajo el velo eucarístico. *Absentia Domini non est absentia; habeto fidem, et tecum est quem non vides.*

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. «Sus padres se admiraron de hallarle entre los doctores á quienes admiraba, lo que prueba que nada veían en Él que fuera extraordinario, por que todo estaba como oculto bajo el velo de la infancia; y María, que sentía la primera la pérdida de un hijo tan querido, fué también la primera que se quejó de su ausencia.» Hijo, le dijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira como tu padre y yo angustiados te buscábamos. Luc., III, 48). Notad que dice «tu padre y yo» es decir, que le dá el nombre de padre porque lo era en cierta manera. Era su padre, no sólo porque había adoptado al Santo Niño, sino porque lo era por sentimientos, por el cuidado que por Él había tenido y por el dolor que sintió por Él; por lo mismo dice María, tu padre y yo angustiados te buscábamos, como diciendo: aun que no tomé parte en tu nacimiento, no por eso deja de participar del gozo de poseerte y del dolor de perderte. Pero nótese que como mujer obediente y respetuosa nombra primeramente á José: «Tu padre y yo» dice, honrándole como si fuese un padre como todos los demás. ¡Oh Jesús, cuán perfecto es el orden que reina en todo lo de tu familia! Cada uno de ellos, sin fijarse en su dignidad, hace lo que exigen la edificación y el buen ejemplo. ¡Oh bendita familia, en tí gobierna la sabiduría eterna!—(Bossuet, *elevaciones sobre los misterios*).

II. Para qué me buscabais? ¿Cómo así, oh Dios mío, no querías acaso que te buscaran? ¿Por qué te alejas si no es para que te busquen? ¿Tal vez te buscaban por lo menos José, con afán harto mundano? No juzgamos, pero concebimos que Jesús habló para edificación nuestra. Efectivamente, quiere alejar lo que hay harto mundano en nuestras pesquisas. ¡Quién ignora que cuando dejó á sus apóstoles le tenían éstos un amor que no era tan espiritual como Él deseaba? Almas santas y espirituales, cuando Él se retrae, moderad vuestros sentimientos y esperad, porque á veces quiere volver por sí solo; y si se le busca debe ser de una manera sosegada.

«¿No sabíais que yo debía estar ocupado en las cosas de mi Padre?» dijo

á María. ¿Quiso significar con esto que desaprobaba que María hubiese llamado á José su Padre? Sin duda que no, sino que quiso hacer patente el dulce recuerdo de su verdadero Padre, que es Dios.

"Mas ellos no entendieron las palabras que les habló." No interpretemos mal el texto del Evangelio. No solamente se dice que José, sino también que María no entendió las palabras de Jesús. María comprendió sin duda lo que decía de Dios, su Padre, puesto que el ángel le había revelado el misterio. Lo que no comprendió tan fácilmente fueron los negocios de su Padre de que Él estaba ocupado. Sepamos que la perfección consiste, no en la ciencia, sino en la sumisión. Para que no dudemos de esto, veamos á María ignorando el misterio de que le hablaba su querido Hijo. Y no se manifestó curiosa, antes bien sumisa, lo que vale más que la ciencia. Dejemos que Jesucristo obre con Dios, para que haga y diga cosas elevadas é impenetrables. Veámoslas como María, con santa admiración, conservémoslas en nuestro corazón para meditarlas y vivir con ellas para que las comprendamos cuando Dios quiera y como quiera.—(Id. *Ibid.*)

III. La respuesta que dió Jesucristo á la Virgen parece dura; y es porque hablaba en ella á todos los padres y á todas las madres que hicieron por otras causas lo que la Virgen hizo con un motivo laudable. A ellos se dirigen las palabras á que nos referimos. Jesucristo trata á su madre como á una mujer común, porque quiso que participara de su anonadamiento; y así como quiso llevar sin pecado la figura del pecado, así quiso también que la Virgen sin pecado fuese la figura de las madres comunes que obran por humanos impulsos, y para que le dijese lo que estas hubieran podido decirle. La santa Virgen comprendía, sin embargo, el sentido y el lenguaje de su Hijo; y si no lo hubiese comprendido, no por esto hubiera dejado de creer en la verdad y en la justicia de sus palabras, y las hubiera "conservado en su corazón respetuosamente hasta que hubiese querido Dios hacérselas comprender." Por esto no se ve que en ninguna otra ocasión la tratara con tan aparente severidad, ni que ella le replicara jamás. Esto demuestra que aun en aquello de la familia en que ella mandaba á Jesucristo, lo hacía solamente para obedecerle y cumplir con su voluntad, de modo que aunque Jesucristo le estaba exteriormente sumiso, porque así lo exigía la situación exterior en que se hallaba, existía en la Sacra Familia un orden interior en el que Jesucristo, como sabiduría, mandaba á María y á José, y esta era la regla de todas sus acciones y de todas sus palabras.—(Nicole, *ensayos de moral*, t. IX).

IV. Tal es la gran importancia de la respuesta de Jesús á su santa Madre. Los que quieren reducirla á las estrechas proporciones de una reprensión personal dirigida á María y á José, comprenden bien poco el Evangelio. El Verbo Eterno nunca habla en particular, y señaladamente cuando dice que está ocupado en las cosas de su Padre, no puede suponersele menor ocupación. Cierto es que hay ahí una apariencia de reconvencción; pero eso no es más que la letra del Evangelio, el vestido de la palabra del Salvador, el vaso que contiene su espíritu, el texto de su enseñanza. No es á María á quien habla en María, sino á la familia humana, al mundo cristiano; y María, así en esta circunstancia como en otras, tiene toda la

gracia y el mérito de la humillación, sin el motivo.—(Nicolás, *La Virgen*, según el Evangelio, cap. XVI).

V. "Y ellos no comprendieron lo que les decía."

Esta observación del Evangelio parece muy humillante para la santa Virgen, comprendida con José con esta inteligencia de la palabra de su divino Hijo. Este es otro de esos *abatimientos* que importa saber considerar, y que á los ojos de quien religiosamente los contempla, se transfiguran en gloriosos testimonios.

Verdad es, que la expresión del Evangelio: *Y no comprendieron lo que les decía*, no guarda miramiento, es humillante para María; pero esta misma humillación la eleva á nuestros ojos, cuando notamos con Grocio, que la misma María es la autora de esta narración por la pluma de San Lucas. María, único testigo que sobrevivía de estas cosas que había ella *conservado en su corazón*, según dice este Evangelista, es la única que pudo dictársela señaladamente, en lo relativo á este pasaje que le es absolutamente personal. María es por tanto la que con la perfecta sencillez y humildad de su alma, viene á decir al mundo que ella y José, de quien no se separa, no comprendieron la respuesta de Jesús. ¡Humildad profunda que la ensalza tanto como ella se humilla, y que la recomienda á nuestra admiración mucho más que la inteligencia más penetrante del misterio que adora ella sin comprenderlo.—(Nicolás, *La Virgen*, según el Evangelio, cap. XVI).

VI. "¿Por qué lo has hecho así con nosotros, Hijo?" Estas palabras no significan una reprensión, sino una voz de congoja, una frase de amor, de sorpresa y admiración; he aquí porque no debemos tomar las palabras del Evangelio por su significado literal, sino según su sentido místico. Cuando el esposo celestial se aleja de nuestras almas, la inteligencia admira en este ejercicio en que el alma está sumisa, el orden de la suprema sabiduría; pero no puede comprender las causas ni los motivos de estas alternaciones de presencia y ausencia, de consuelo y desolación, de delicias y privaciones. Conoce que todas estas cosas son obra del amor. Jesús, la sabiduría misma de Dios quiso obrar así con respecto á su santa Madre y someterla á este ejercicio en el camino del amor, para aumentar su mérito y acrecer su santidad.

Cuando dice María: "tu padre y yo angustiados te buscábamos," honra llena de humildad á su casto esposo nombrándole á él primero, porque en la conducta común de la vida y sobre todo entre las gentes virtuosas, es costumbre que las mujeres sean deferentes con sus maridos en toda circunstancia.—(San Bernardino de Siena, *serm. de Sept. verb. B. M. V.*)

VII. *Dolentes querebamus te*. En su sentido místico significan estas palabras que cuando el amado de nuestro corazón se nos pierde y huye, deja en nuestro corazón una profunda amargura y permanecemos agitados, inquietos y conmovidos porque nuestra tranquilidad dependía de la pose-

sión de nuestro tesoro. Nuestra agitación é inquietud provienen de la pérdida de nuestro bien, que nace tal vez de una falta nuestra. De ahí viene el que se busque por todas partes y con afán el bien perdido. La bienaventurada Virgen nos indica perfectamente todo lo que siente esta alma puesta así á prueba, cuando dice: "Tu padre y yo angustiados te buscá-bamos."—(Id. *Ibid.*)

ARTÍCULO V

PLATICA XXI

NUESTRA SEÑORA DE LA PROPAGANDA

Hasta ahora hemos considerado el culto de María en lo que tiene de general y legítimo. Estudiémosle ahora en sus manifestaciones más visibles, ó sea recorriendo los principales santuarios consagrados á Nuestra Señora. Nuestra peregrinación abarcará todo el mundo y ocasión tendremos para admirar en todas partes los bienes derramados por nuestra buena Madre, lo que nos hará meditar un poco acerca del amor que en todo el mundo se consagra á María.

En varias partes del orbe católico se han levantado templos para dirigir á María continuas súplicas y ofrecer al mismo tiempo al mundo una protesta perenne contra el espíritu de impiedad que invade de algunos años á esta parte todos los rincones de la tierra. Hay entre los católicos una asociación intitulada de Nuestra Señora de la Propaganda, asociación que tiene por principal objeto esta divisa: «Orar para que reine en todas partes la fe católica.»

Estas palabras manifiestan el pensamiento que ha presidido á la construcción de los templos consagrados á tan santo objeto, uno de los más importantes del catolicismo.

Por poco que examinemos este asunto nos convenceremos de que toda la economía del cristianismo descansa en esta sola base: la fe. El hijo de Dios vino á la tierra para disipar las tinieblas que el demonio y la concupiscencia acumularon en la inteligencia humana, por ser su luz maravillosa, como nos dice San Juan, que debe esclarecer á todo hombre que viene á este mundo—*Erat lux viva que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*—El mismo confirmó estas palabras de su discípulo cuando dijo al pueblo:—*Ego sum veritas*.—Fuera de Él no hay más que utopías, errores, sistemas mentirosos, concepciones vanas y engañosas y enseñanzas falsas. Así lo demuestra el Apóstol San Pablo en estas palabras:—*Mas aun cuando un ángel del cielo os evangelizara fuera de lo que nosotros os hemos evangelizado sea anatema.* (Ad Gal. I. 8).

¡Ay de los que buscan el contento y el reposo de su espíritu fuera de la fe! Ay de los que apagan esta antorcha divina y esperan hallar la verdad lejos de ella, porque la fe es el pan intelectual y moral del hombre justo y recto.—*Justus ex fide vivit*.—Escrito está además que nuestra primera ocupación en el mundo debe ser el estudio del único Dios verdadero, y del que Él nos ha enviado, Jesucristo: éste es para nosotros el precio de la eternidad. *Hæc est vita æterna ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Jesu Christum*. Sin la fe nos es imposible agrandar á Dios, *Sine fide impossibile est placere a Deo*, y por lo tanto subir al cielo.

He aquí porque las santas Escrituras están llenas de exhortaciones para que nos instruyamos en las verdades que forman el conjunto de la fe. Sin hablar de los libros del Antiguo Testamento hallamos en las epístolas de San Pablo los pasajes siguientes: «Creed en la ciencia de Dios.—Aplicáos en la verdadera doctrina.—*Attende doctrina*.—San Pedro aconseja á sus fieles que avancen en el conocimiento de Nuestro Señor.—*Crescite in cognitio-*

ne Domine nostri, San Juan recomienda que se escudriñen las Escrituras.» (*Scriptamini Scripturas*).

Por lo demás, al emplear los apóstoles este lenguaje con sus discípulos, no hacían más que traducir el precepto que habían recibido ellos mismos de su Maestro. ¿Cuál fué, en efecto, el primer mandamiento, el mandamiento más marcado, el primer mandamiento supremo de Jesucristo? «Id, instruid á todas las naciones y enseñadles lo que os he enseñado.» (*Matth. 28*).

Esta misión, confiada á los apóstoles en términos tan claros y transmitida por ellos á sus sucesores, ha sido afortunadamente reconocida en estos últimos tiempos, por un personaje encumbrado, que ha dicho en un documento importante: «Jesucristo ha prescrito á sus discípulos que enseñen á las naciones.» (Barthelemy Saint Hilaire, senador, en su Informe sobre la organización del consejo superior).

Pero este extraño pensador sienta después esta cuestión: «Pero ¿qué es lo que deben enseñar en la tierra?»—Y se contesta: «El Evangelio, la buena nueva y nada más.» ¡Nada más! ¿Está seguro el filósofo teólogo de lo que asienta?

Según eso, como la historia, las ciencias y las letras lo constituyen según ese sofista una *buena nueva*, será preciso suprimirlas de la enseñanza de la Iglesia é impedir á los doctores católicos que las aprendan. Y nuestro filósofo, hijo probablemente de una raza diferente de la nuestra, podrá, fingiendo enseñar la historia y la filosofía, dogmatizar á su antojo y falsificar todos los principios de la Iglesia. Atrevida es por cierto la consecuencia. Pero ¿de qué nos sirve declamar contra un proceder tan miserable? Todos sabemos cuál es el objeto que se proponen los hombres del día, aunque no se atreven á manifestarlo de una manera franca: quieren despojar á los católicos de sus derechos para que la anemia mate el catolicismo.

Son tan numerosos los hechos que no prueban esto que es inútil oponer una tesis en forma. No tienen otro significado sino el de una hostilidad declarada y pronta á cometer toda clase de excesos, la prohibición de las procesiones, el destierro odioso de los religiosos y religiosas y las leyes arbitrarias y medidas vejatorias puestas en vigor contra personas que no tienen más crimen que ser cristianas. ¿Qué objeto llevan al querer educar laicamente á la infancia sino el evitar que sea religiosa? Inútil es cuanto se diga sobre esto, pues visto está que se trata á la fe como si fuese enemiga y se la persigue de mil modos.

Deber es por lo tanto de todos los hombres de valor y de principios católicos, defenderlos, defender nuestra fe.

¿Cómo lo conseguiremos? Combatiendo á nuestros enemigos con un brío igual al suyo por medio de la palabra, por medio de la acción; tengamos presente que quieren asaltar la ciudadela de nuestras conciencias, y fuerza es que nos hallen en las murallas, siempre alerta y con el arma al brazo. Es preciso que cada piedra que se derrumbe al empuje de sus cañones sea repuesta con otra más dura todavía; si abren una brecha, no sea sin encontrarnos detrás, hasta que rendidos de cansancio é impotentes se vean obligados á confesar nuestra victoria y á proclamar una vez que nuestra fe es inmortal.

Tal es nuestro deber. Los socios de Nuestra Señora de la Propaganda deben servirnos de ejemplo. Pongámonos como ellos bajo la salvaguardia de María y de este modo aseguraremos nuestro triunfo.

Nadie como María conoce el valor de la fe. Este fué su alimento durante los treinta y tres años de la vida de Jesús, porque tomó parte en su misión, en sus sufrimientos y en sus dolores.

La pasión de Jesús, la causa determinante de su Encarnación fué dar la verdad que salva. Jesús amó tanto la verdad que le sacrificó su vida. También hubiera sa-

crificado María la suya mil veces por la misma. Como no pudo morir con su Hijo, continuó su obra, y permaneció con los apóstoles para guiarles, sostenerles y hacerles triunfar.

La Iglesia naciente dió sus primeros pasos bajo la mirada protectora de María, y después, al través de los siglos, no ha cesado esta esposa de Jesucristo de buscar el mismo apoyo. No dudemos, hermanos míos, de que si la barca que lleva su esperanza tan á menudo combatida, ha sobrevivido á todas las tempestades desencadenadas contra ella, es porque al lado de Jesús está otro piloto que la ha guiado al través de los escollos: este piloto es María.

El amor de la Santísima Virgen por la fe, y el apoyo que la presta en los momentos de grandes crisis, no es de admirar; es porque continúa la obra que comenzó quebrantando con el calcañal de su pie virginal la cabeza del príncipe de la mentira. Su objeto primordial es vencer el error, y hoy que el error, ya bajo el nombre de ateísmo, ya bajo el de racionalismo, se presenta tan erguido que se envanece de estar en vísperas de ocupar el lugar de la verdad, es preciso que reciba un nuevo desengaño para que vea el mundo como en otro tiempo, que sus locas pretensiones caen en el fango.

Oh María, patrona de la fe, toma nuestro estandarte, y quieran ó no, todavía dirá la fe en toda la República: Señora, ruega por nosotros.—Así SEA.

VIDA INTERIOR Y CONTEMPLATIVA DE
MARIA EN NAZARETH

—
DIA VEINTIDOS

—
ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

- Dilectus meus mihi et ego illi.
Cant., II, 16.
- Lava ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.
Ibid., 6.
- Ego dormio et cor meum vigilat.
Id., V, 2.
- Apprehendam te et ducam in domum, ibi me docebis.
Id., VIII, 2.
- Sicut malus inter ligna sylvarum, sic dilectus meus inter filios, sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo.
Id., II, 3.
- Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem; fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo.
Ibid., 4-5